

JUAN B. JUSTO

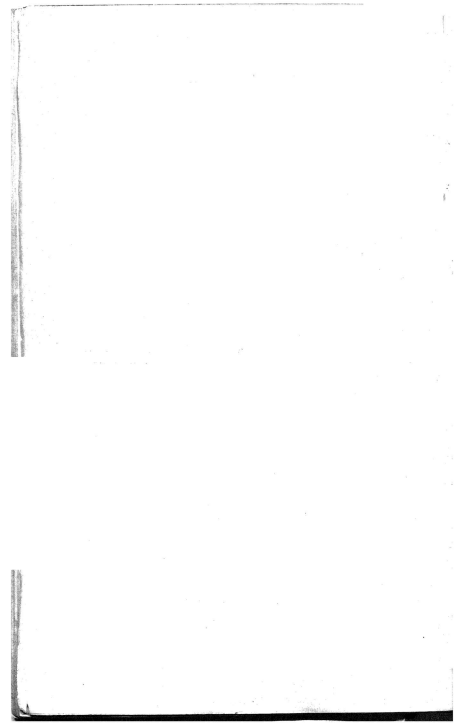
101113

LABOR

PERIODÍSTICA



EDICIONES MÍNIMAS
BUENOS AIRES
1916



A GUISA DE PRÓLOGO

El viento nos ha traído el eco de una vibrante estridulación de alas en movimiento. ¿Qué ocurre?..

Ocurre sencillamente que la colmena está en actividad. El enjambre trabaja...

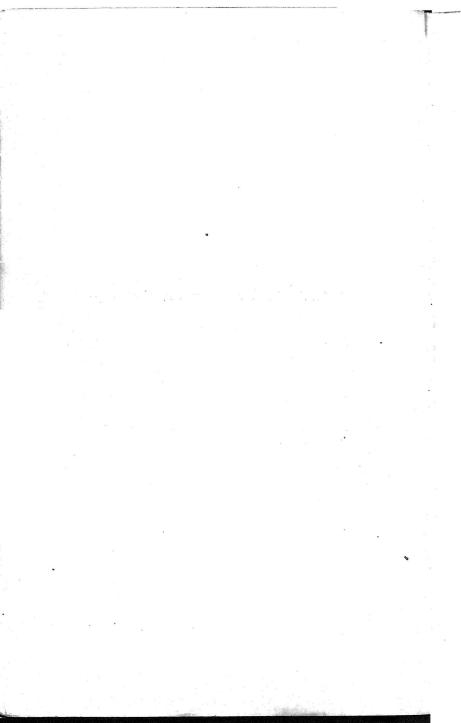
¡Modulad vuestros gorjeos más jocundos y exultantes, libres ruiseñores de la selva!

Llegó la primavera. El campo está florido. Luego, habrá miel.

¡Melificad vuestros cantos, libres ruiseñores de la selva!

Así, mientras el enjambre trabaja, vosotros dulcificaréis aún más la dulce tarea.

Bello ejemplo de acción fecunda para las vidas estériles.



Apuntacion Preliminar

Los artículos que constituyen el contenido de este cuaderno fueron acogidos y entregados a la publicidad anónimamente por la prensa rica de Buenos Aires en 1896, siendo en las columnas de "La Nación", el más ponderado de los diarios conservadores, donde aparecieron casi en su totalidad. Las circunstancias que mediaron para que el autor colaborara en la expresada hoja, hélas aquí:

Hace veinte años, cuando las cancillerías argentina y chilena debatían arduosamente la cuestión de límites entre ambos países con menguadas esperanzas de arribar a una solución pacífica, la colectividad italiana residente en esta tierra propúsose hacer causa común con los argentinos en la orgía de sangre que se preparaba, sellando así el protocolo tácito de una naciente confraternidad. Fueron horas aquellas de intensa expectativa. Entre tantas cabezas parlantes que vociferaban su desequilibrio, oíanse, de tarde en tarde, algunas vo-

ces de cordura. Paz, — decían estas voces. Y agregaban: — Confraternidad en la guerra, sí; pero también en las pacíficas luchas civiles, incorporándose a la nacionalidad. Ignoramos a ciencia cierta cuántas fueron las voces que se expresaron en este último sentido. Sólo sabemos que el doctor Justo escribió un artículo denominado "La mejor fraternidad es la naturalización", lo suscribió con el pseudónimo "Cittadino" y confió al correo su entrega a "La Nación". Al siguiente día, 4 de junio de 1896, el espacio destinado para el editorial del diario estaba ocupado por el artículo del redactor anónimo, al cual se le dirigía tres días después en la sección varias una invitación concebida en estos términos: "A Cittadino. — La dirección de este diario tendrá mucho placer en conocer a Cittadino, y lo invita a pasar por la imprenta." Emilio Mitre, director a la sazón, era quien manifestaba ese deseo, que fué cumplido con la gentil oficiosidad de Roberto J. Payró. Desde entonces, las notas editoriales del doctor Justo se sucedieron con frecuencia durante tres meses. ¿Os parece mucho? ¿Os parece poco? Según...

No obstante el largo período de tiempo transcurrido desde que vieran la luz los artículos que nos complacemos en reeditar, diríase que, por los temas que explaya y las consideraciones que los ilustran, son de rigurosa actualidad. Y ello implica, sin limitación, su mayor y mejor elogio.

La mejor confraternidad es la naturalización

(Junio 4 de 1896)

Grandes desfiles, oradores argentinos encomiando a Italia, discursos italianos muy halagadores para los argentinos, saludos de banderas, promesas, votos, música... han puesto últimamente de manifiesto el acercamiento de los dos pueblos.

Todo esto está muy bueno como comienzo; pero no satisface a los que tienen de la fraternidad una idea más positiva y la reconocen en elementos más palpables.

De muchos años a esta parte hay en el país cientos de miles de italianos. ¿Cómo creer que sólo ante el peligro de una guerra con Chile deban reconocer los lazos que indisolublemente los ligan a nosotros? Así comprendida, la fraternidad italo-argentina sería un hermoso sentimiento, pero casi siempre sin empleo.

Ya no va a haber guerra con Chile. Lo probable es que el acorazado "Garibaldi" pasee tranquilamente su bandera sin disparar un tiro, hasta que dentro de algunos años pase a la categoría de hierro viejo.

¿No podrán hacer los italianos nada mejor por la nación argentina, que vendernos sus buques y regalarles la bandera?

¿No podremos darles nosotros puestos de honor y de confianza, sino el que ocupa un nombre italiano en la proa de un buque de guerra?

Esas son muestras de una fraternidad ficticia, de palabra, muerta. Faltaría siempre la fraternidad en la acción.

Si es necesaria la perspectiva horrible y conmovedora de la guerra para que los italianos sientan todo su amor por el país, esa perspectiva siempre está presente. Nuestros conflictos internos son más frecuentes y desastrosos que los externos. La lucha armada es todavía el elemento decisivo en nuestras contiendas. No dejará de serlo mientras la política no cambie fundamentalmente de carácter, mientras no se constituyan partidos económicos, **mientras no se incorpore la población extranjera a nuestro organismo político.**

¿Qué hacer, pues, si después de las procesiones y de los discursos, argentinos e italianos queremos seguir fraternizando? Trabajar juntos en la obra de la organización del país. Tomar todos la parte que nos corresponde en la gestión de los negocios públicos. Los italianos, naturalizarse; los argentinos, recibir con honor a los nuevos ciudadanos.

La política no es un juego de niños. Es la manifestación permanente y necesaria de la vida nacional. Es el campo en que se lucha por la buena marcha interna, y por las relaciones correctas con los demás pueblos. Si una gran parte de la población de un país se mantiene alejada de ella, el país sufre, y esa población no comprende sus intereses ni cumple sus deberes.

Por su propio bien y por amor a la nación argentina, los italianos residentes entre nosotros deben desear que este país prospere.

Ellos deben desear que su marcha política y administrativa sea regular, que esté limpio de gobiernos opresores y ladrones.

Ellos forman parte del pueblo, que tiene que ser activo si quiere ser libre.

Sin sacrificar nada del amor a su lengua, ni del cariñoso recuerdo de la patria de origen, deben, pues, ponerse en condiciones de influir sobre la marcha del país, no sólo por su participación en la industria y el comercio, sino también por su acción en el campo de la política.

Vean el ejemplo que dan los pueblos de mayor educación cuando están en país extranjero.

En el Transvaal, los extranjeros, casi todos de origen inglés, pelean con las armas en la mano por la obtención de los derechos políticos.

En los Estados Unidos, alemanes, ingleses, irlandeses, escandinavos, todos consideran tan esencial hacerse ciudadanos del país en que viven, como hacer uso del correo y pagar los impuestos. Y eso prestando el más vivo interés, y en ciertos casos la cooperación más decidida, a la política de sus países de origen. Es bien conocido el poderoso apoyo pecuniario y moral que el movimiento nacionalista irlandés recibe de los Estados Unidos.

Hasta las preocupaciones del patriotismo vulgar obtienen a veces satisfacción para los extranjeros que se nacionalizan. Bismarek ha sido saludado oficialmente en su cumpleaños por la cámara de diputados del estado norteamericano de Wisconsin, donde los electores alemanes son una potencia.

Para que los hijos de extranjeros amen y respeten la tierra donde nacieron sus padres, nada más eficaz que éstos les den el ejemplo nacionalizándose donde sus hijos han nacido, militando al lado de ellos en la política del país. Hay en los Estados Unidos varios millones de ciudadanos que se llaman ellos mismos **german-americanos**: son los inmigrados de Alemania y sus hijos nacidos en el país, que ponen así de manifiesto y honran su origen, dándose una denominación común. ¡Qué diferencia con lo que pasa entre nosotros, donde los padres creen honrar su nacionalidad conservándose extranjeros!

Las relaciones políticas entre Italia y la República Argentina nunca serán tan cordiales, ni las relaciones comerciales tan prósperas, como cuando haya en este país cientos de miles de "italo-argentinos".

Por supuesto, que si hablamos especialmente de los italianos, es porque las últimas manifestaciones ponen esta cuestión a la orden del día, especialmente respecto de ellos, y porque ellos forman en este país el grupo extranjero más numeroso.

La naturalización tendría iguales ventajas, y es igualmente un deber para los extranjeros de cualquier otra nacionalidad.

No hay duda de que los inmigrantes a este país están lejos de tener todos siquiera una mediana educación política. Pero una parte de ellos la tiene muy buena, y los demás no son seguramente inferiores en ese respecto a la mayor parte del cuerpo electoral argentino.

No hay por qué creer que la actitud asumida hasta

ahora por los extranjeros en este país vaya a ser una incorregible rutina.

No hay que pedir nuevas leyes de naturalización, porque la que rige es excelente, y hasta concede un privilegio al extranjero naturalizado, eximiéndolo por diez años del servicio militar.

Lo que hace falta es hacer sentir a los argentinos la necesidad de que los extranjeros se hagan ciudadanos, y convencer a los extranjeros de las ventajas y del deber de la naturalización.

Hágase propaganda en este sentido, abréviense los trámites de la naturalización y se habrá trabajado bien por suprimir uno de los mayores obstáculos al bienestar y al progreso del país.

No es cuestión de raza

(Junio 24 de 1896)

Somos un pueblo de patriotas, o al menos parecemos serlo. Nos entusiasmos por la bandera azul y blanca; nos conmueve el himno nacional, que queremos oír cantar íntegro; honramos el nombre de los grandes argentinos, ya que no siempre sus ideas, y con facilidad nos dejamos decir que este es el país más grande, más rico y más floreciente de la tierra.

Sin embargo, en tratándose de hechos que no sean de guerra, en el campo de la actividad industrial, comercial y social, nos creemos capaces de muy poca cosa. ¡Cómo pensar en construir nosotros mismos nuestros ferrocarriles y nuestros puertos! ¡Cómo esperar que nazcan aquí grandes sociedades anónimas o cooperativas!

¡Cómo pretender que todos los argentinos sepan leer, ni que nuestra política sea mejor que la de las repúblicas italianas del siglo XIII! No daría resultado, decimos. Nos parece que un pecado original nos incapacita para esas cosas. Dejamos que ingleses, alemanes y norteamericanos las hagan por nosotros, hasta donde les pueden dar hora y provecho, contentándonos en lo demás con admirar a la distancia instituciones y costumbres que no creemos poder igualar ni mejorar.

En la patriótica España sucede lo mismo. Allí se celebra mucho el submarino Peral, pero si se habla de la máquina de segar, dicen que no da resultado. Y sus riquísimas minas y sus mejores viñedos pertenecen a ingleses y franceses.

¡Cuestión de raza! Lo es indudablemente si se quiere decir con eso que hoy la raza anglosajona es más fuerte que la nuestra. Pero no es más que uno de los resultados de nuestra inferioridad actual, la creencia que tenemos de nuestra inferioridad permanente. Hay en esta preocupación antipatriótica, algo de la superstición del salvaje ante un reloj o un arma de fuego.

No fueron ingleses quienes inventaron la palanca y la rueda. Los primeros bancos florecieron en Italia, cuna de las leyes que aún sirven de modelo en el mundo civilizado. Españoles y portugueses han sido los descubridores de la mayor parte del mundo.

Cuestión de clima, dicen otros. Como si las fuerzas no se combinaran y descompusieran siguiendo las mismas leyes en el Ecuador y cerca del polo; como si en la República Argentina y en el Canadá no fuera igualmente cierto que si varios hombres necesitan mover un peso tirando de una cuerda, deben todos tirar a un tiempo; como si en Buenos Aires y en Chicago las máquinas no funcionaran lo mismo, y el comercio en grande escala no fuera igualmente el más económico y el más fácil.

Es seguro que el clima influye sobre los individuos y sobre la raza; pero si en ciertos límites el frío vigoriza y el calor debilita y enerva, éste nos hace más sensibles, y en los países templados o cálidos reaccionamos más pronto y ponemos en la reacción más de nuestra fuerza. Es cierto que somos menos fuertes para el trabajo, pero también lo es que para vivir lo mismo o mejor necesitaríamos trabajar menos; nuestro clima es más benigno, no nos exige tanto alimento, tanto abrigo,

ni tanto fuego. Si no somos tan capaces como el pueblo alemán, por ejemplo, de una observación paciente y prolongada, en cambio nos ayuda una asociación de ideas más fácil, una imaginación más viva.

Pero hoy no sólo podemos menos, no sólo crecemos menos e influimos menos en la marcha del mundo, sino que, para llegar a ese resultado, trabajamos relativamente más. Nuestros obreros viven mucho menos bien que los trabajadores norteamericanos, pero trabajan más horas cada día y más días en el año. Nuestros comerciantes gastan mucho más de su tiempo en manejar sus capitales que el accionista inglés en controlar las operaciones de la sociedad de que forma parte. Nuestros políticos derrochan tanta inteligencia y energía para llevar a buen término sus maquinaciones y sus intrigas, como el más activo propagandista de una reforma o de una idea.

¿Qué es, pues, lo que nos falta? ¿A qué se debe esa inferioridad, que no sentimos bastante, pero que nos inclinamos demasiado a creer irremediable y definitiva?

A que nos falta la instrucción y la educación que tienen los pueblos más fuertes que nosotros. Los pueblos anglosajones saben más y emplean mejor lo que saben. Entre ellos todo el mundo lee y tiene a su alcance medios de instrucción objetiva; en todos hay cultores insignes de la ciencia. Las nociones elementales del pueblo son más exactas y sus preocupaciones menos absurdas. Por regla general, un inglés o un norteamericano tienen una idea mucho más verdadera del mundo que un italiano o un argentino. Y no porque allá prosperen las facultades de filosofía y letras, sino porque tienen escuelas comunes y la industria les obliga y les enseña a comprender las leyes naturales, y el comercio los pone en contacto con el mundo entero. Un dogma religioso menos estrecho les ha permitido, por otra parte, adquirir hábitos de libre examen y de discusión, y así al mismo tiempo que han comprendido las ventajas de la asociación, se han hecho aptos para asociarse. Aunque rapaces y sin ley en sus relaciones con los demás pueblos, los anglosajones obedecen en sus relaciones internas a una disciplina y a una moral que constituyen una buena parte de su fuerza. Entre ellos, son tan amigos de la verdad como partidarios del orden. Así es como se han apoderado de una gran parte del mundo, como

han hecho económicamente tributarios suyos a los otros pueblos, como son los menos desgarrados por luchas internas, y siendo los que hablan menos de patriotismo, son los que lo sirven mejor. Su historia, como la de todos los pueblos, prueba que el progreso en las distintas fases de la vida social tiene que ser sinérgico; sin el progreso económico no es posible el progreso intelectual, y si éste se retarda, aquél no deja también de retardarse.

El pueblo argentino está muy al principio de su evolución, y en su desarrollo han de influir muy poderosamente todas las verdades que desde ahora entren en juego. Si esto fuera generalmente comprendido y aplicado en la prensa y en la política, pronto seríamos capaces de lo que ahora nos parece imposible.

La clase capitalista dejaría de dividirse en partidos personales y formaría partidos económicos que representarían los diversos intereses de las distintas clases de propietarios.

El pueblo trabajador comprendería que, excepto abstenerse, lo peor que puede hacer en política es vender su voto, y buscaría más que hoy en la unión y la acción colectiva el mejoramiento de su situación.

Los extranjeros se darían cuenta de la necesidad y del deber en que están de tomar parte en la política del país, y contribuirían a hacerla impersonal y científica.

Y todos sabrían que el bienestar general depende del orden y el progreso; que arriba de los intereses particulares y momentáneos hay intereses permanentes y generales que respetar. El país prosperaría y tendríamos menos que admirar en los demás pueblos.

Si fuera verdad tanta belleza, veríamos que no es cuestión de raza, sino de doctrina y de método, de educación y de instrucción.

El Congreso Obrero

(Julio 1º de 1896)

En un modesto local de un barrio apartado han sesionado en estos días algunas decenas de trabajadores, representantes de las sociedades obreras. El acontecimiento ha podido parecer tan insignificante que algunos diarios ni siquiera han hablado de él. En efecto, entre todos los delegados no poseían quizá una modesta fortuna; ni era aquella una de esas asambleas a las cuales la presencia de hombres eminentes da carácter y tono: hasta se decían muchos disparates y hubo momentos de verdadera confusión.

Pero para quien comprende que los acontecimientos importantes no son siempre los que se pasan con gran pompa, al son de trompetas y tambores y en medio de la expectativa general, el reciente congreso obrero tiene que ofrecer un gran interés.

Lo mismo que las repetidas huelgas, la celebración de este congreso significa que, junto con la producción y el comercio en grande escala, ha nacido en el país el más fundamental de los antagonismos de clases, el de la clase trabajadora y la clase propietaria, cuya consecuencia es el movimiento socialista que hoy conmueve a los países adelantados. Significa, pues, un doble progreso: uno económico, otro intelectual; uno en el modo de trabajar, otro en el modo de pensar. Al mismo tiempo que la República Argentina ha adquirido un puesto en el mercado universal, han aparecido en ella las ideas que hoy más agitan al mundo. Y lejos de ser una aparición prematura, vamos en esto, como en tantas otras cosas, detrás de los demás pueblos. Hace años que Australia, país más nuevo que éste, envía a sus parlamentos decenas de diputados obreros. En cuanto a los Estados Unidos, la lucha de clases tiene allí

en colosales huelgas una manifestación más elocuente, aunque mucho menos eficaz.

Al significar un progreso económico e intelectual, el congreso obrero significa un progreso político. Donde la masa del pueblo comprende su situación económica y trata de mejorarla, llevando al gobierno genuinos representantes suyos, la política deja de ser una lucha de personas, de preocupaciones o de fantasías metafísicas, y se acerca necesariamente a la ciencia y a la verdad. Y donde los principales medios de producción no pertenecen a la masa de la población, sino a una clase propietaria, es indispensable que la clase trabajadora se ponga en movimiento, si no quiere ser aplastada por el mismo progreso técnico de la industria y del comercio, que si no es acompañado de un adelanto equivalente en la inteligencia y la actividad política del pueblo, sólo tiende a aumentar la riqueza y el poder de los capitalistas a expensas del bienestar y de la libertad de los trabajadores. Así es como la lucha de clases bien entendida, importa en los países adelantados de la época actual un inmenso progreso político.

No dejan, por supuesto, de intervenir en esa lucha preocupaciones absurdas, y lo que llama Spencer *half-truths*, medias verdades que para la mayor parte pasan por verdades enteras; y eso es lo que le da en ciertos casos un carácter violento. No faltan gentes para quienes es intolerable la idea de que los trabajadores tienen también intereses comunes que defender, y deben querer influir en el gobierno, ni obreros para quienes la única causa de miseria es la explotación de que son víctimas, sin tener en cuenta para nada la productividad del trabajo. Hay conservadores que esperan detener la evolución de la sociedad con persecuciones bárbaras, y falsos revolucionarios cuyo único método de acción es negar o destruir todo lo existente.

Pero unos y otros fracasan necesariamente en el terreno de los hechos. El mundo pertenece a los que más ven. Donde, como en Inglaterra, la clase capitalista gobernante comprende tan bien como el pueblo las verdades del socialismo, ella conserva su preeminencia moral, y es capaz por ahora de conducir el país por el camino del progreso. Pero éste es más rápido aún, y más seguro, donde como en Australia, la clase obrera misma aplica con criterio y sensatez la doctrina socialista a la política del país.

Tal es la significación general del movimiento obrero, prescindiendo de la hipótesis de la propiedad colectiva de los medios de producción, hipótesis tan rica en promesas de paz y bienestar social.

¿Cuál es ahora la significación que tiene en este país? Juzguémoslo por la constitución y la obra del reciente congreso.

Allí se ha tratado de la reglamentación del trabajo, de los impuestos, de la moneda, de la inmigración, de leyes de interés general, de principios de asociación y de acción política. Esta ha sido calurosamente recomendada por las sociedades gremiales como el medio de conseguir una situación mejor. Las aspiraciones inmediatas de la clase trabajadora han sido formuladas en un programa, que comprende todas las reformas necesarias para la buena marcha del país, aun aquellas, como las referentes al papel moneda, los derechos de aduana, etcétera, que deberían ser, pero no son, sostenidas por otros partidos.

El mero hecho de esas discusiones de asuntos económicos y políticos por trabajadores, muchos de ellos extranjeros, ¿no significa un gran progreso frente a la incuria y a la preocupación patriótica que alejan de la acción política a la mayor parte de nuestra población hábil, y a la ignorancia que hace tan ineficaz e ilusoria la acción política del resto?

Y el carácter de las discusiones del congreso no ha sido menos significativo que su objeto. Había allí un espíritu de amplia y libre discusión, convicciones tan sinceras, en la mayor parte tal independencia de juicio, aun en el error, en otros, un desprecio tan grande por las preocupaciones de la mayoría, en todos una voluntad tan decidida de cumplir los fines del congreso, que daban a la asamblea una enérgica fisonomía de virilidad y de vida.

Es el caso de preguntarse si no irá a ser la clase obrera la que dé primero método y doctrina a la política del país.

La razón del unicato⁽¹⁾

Recién salimos del unicato, y ya estamos por volver a él. En Tucumán florece como antes, lo de Entre Ríos no aventaja en nada a un unicato más tranquilo, y en Buenos Aires se palpan los inconvenientes de un gobernador que lo desdena como sistema de gobierno. Todo hace creer que la próxima elección presidencial no será muy reñida; y por poco que el electo guarde las formas y la situación del país mejor, volveremos a los tiempos en que el poder ejecutivo, además de sus múltiples funciones, se encarga de nombrar los diputados del pueblo. Por ahora, el unicato parece ser el estado normal de nuestra política.

Los ingenuos, y otros que no lo son, atribuyen tan primitivo estado de cosas a la influencia nefasta de un hombre o de algunos hombres. Pero esto es un grosero error o una maligna mentira. Nadie es suficientemente astuto para engañar a millones de hombres. En cuanto a la opresión por la fuerza, es insultar al pueblo argentino creer que lo intimidan algunos miles de policianos y soldados. Explicar el unicato por el unicato mismo es una pobre explicación. Hay que buscar su origen en el modo de ser de la población entera.

Desde luego, como factor político, el pueblo es todavía casi un mito. Apenas si en la capital, Buenos Aires y Santa Fe una mínima parte de él forma más o menos sus opiniones y obra en consecuencia. Consti-

(1) Compuesto ya este artículo, la dirección de "La Nación" resolvió no publicarlo. El autor conservó la prueba y lo substituyó con el titulado "La política del país".

tuyen el resto extranjeros que, por ignorancia o incuria, se mantienen ajenos a la política, y los trabajadores criollos, "la gente" de los caudillos y grandes electores. Una absurda preocupación patriótica impide a los capitalistas extranjeros radicados en el país tomar parte en el movimiento político. El gobierno está, pues, en manos de la clase propietaria argentina, de la clase "dirigente", como vulgarmente se la llama, y ella es la que refleja sus "ideas" en la política del país, porque de intereses no hay que hablar.

¿Y cuáles son esas ideas? Preguntémoslo a los mejores representantes de todos los partidos, y todos nos dirán lo mismo: el bien de la patria, el engrandecimiento nacional, la honradez administrativa, la moralidad política; todos, mientras están abajo, combaten por la libertad, contra el oficialismo y la imposición, y mientras están arriba, por el orden, contra la violencia y la anarquía. Todos están de acuerdo en todo, menos respecto del hombre más patriota y más capaz de hacer la felicidad del país. Y desde que, por razones cualesquiera, mejora la situación, aun estas disidencias desaparecen y el país vuelve a su estado de equilibrio, al unicato político, correlativo del unicato intelectual de la clase que lo gobierna.

Decimos que de intereses en nuestra política no hay que hablar, porque ostensiblemente ellos no intervienen para nada. Si los hay, son intereses ocultos y bastardos, la vanidad de ocupar puestos espectables, el deseo de apoderarse de los bancos oficiales, de la tierra pública, de los presupuestos. Esos intereses, decisivos en el seno de las camarillas y comités, no trascienden al público sino por sus consecuencias, y son los únicos que mueven a los grandes partidos actuales, a menos que se cuente el interés general, que todos los partidos pretenden monopolizar, en lo que también van derecho al unicato.

El unicato tiene, pues, su origen en que ninguna idea sustancial, ni ningún interés sano y bien entendido divide todavía el campo de la política argentina. La clase gobernante piensa y quiere toda lo mismo, y la consecuencia natural es el unicato.

Si el desarrollo económico y político del país fuera rápido y sin tropiezos, si fuéramos el modelo del mundo por nuestras costumbres y nuestras instituciones, a la vista de los partidos orgánicos e irreductibles en que

está dividida la opinión de otros países, podríamos creer haber llegado nosotros al acuerdo en la verdad, que sólo alcanzan los hombres después de pasar por el acuerdo en el error y el desacuerdo en la discusión. Pero la realidad nos dice otra cosa.

Creemos despacio para nuestra edad, y este crecimiento es interrumpido por las crisis, los grandes robos públicos y las quiebras bancarias; en lo político, la licencia y la incuria alternan con el fraude y la opresión. En Europa y Norte América nuestra política es objeto de mofa y de desprecio. Y nosotros mismos, avergonzándonos de nuestras revueltas, tenemos por los unicatos todavía más repugnancia.

Es que lejos de representar el acuerdo en la verdad, el unicato no es más que el acuerdo en el error, la expresión más elocuente de la incapacidad de la clase gobernante argentina, la prueba de cuanto pueden sobre ella frases vacías de sentido e intereses de camarillas.

Y el unicato y la revuelta subsistirán mientras los capitalistas del país no comprendan mejor su situación y obren en consecuencia; mientras no reemplacen sus vagas ideas de patriotismo por exactas nociones de economía política; mientras abriguen o sostengan intereses personales o de círculo, en lugar de fomentar los intereses de la clase industrial a que pertenecen, basando sobre ellos su actividad política; mientras no formen partidos económicos, que sostengan ideas de gobierno concretas y prácticas.

Es preciso que los capitalistas argentinos y extranjeros busquen en la política otros medios de fomentar sus industrias que no sea el bárbaro y contraproducente de desvalorizar la moneda, preconizado por el ex presidente Pellegrini.

Es preciso que hacendados, agricultores y molineros, que producen para la exportación, se den cuenta de que, en lo que se refiere a nuestras relaciones con los mercados extranjeros, sus intereses son completamente opuestos a los de los fabricantes, que producen para el consumo y tratan de aislar nuestro mercado.

Es preciso que los patriotas, capitalistas y hombres de gobierno, sientan la inmensa importancia que tendría para el país una buena doctrina política, y comprendan que sólo una buena doctrina puede servir de base a un buen método. Que no hay más moralidad ni más principios que los resultantes de una lucha de inte-

reses bien comprendidos, sostenidos con franqueza y energía.

Y si no lo comprenden ahora, pronto argumentos más perentorios los obligarán a comprenderlo.

La competencia industrial y comercial de los distintos países es cada día más acentuada y más severa, y en ella intervienen tanto los adelantos de la maquinaria y de la técnica, como las medidas del gobierno, y las discusiones del parlamento.

Las crisis vuelven.

El pueblo, por su parte, está en contacto directo con el de los países de Europa, y de allí recibe sus inspiraciones: empieza a comprender sus intereses y a organizarse para la lucha; ya son muchas las huelgas, y un partido obrero está en formación. A la hora en que los trabajadores todos reclamen un salario mayor, pago en buena moneda, convertible en artículos de consumo sin merma de gabelas o impuestos, la clase gobernante tendrá que cerrar la era del unicato y de la revuelta, y se habrá producido en la política argentina una verdadera revolución.

La política del país

(Julio 22 de 1896)

Si tuviera en mi mano un puñado de verdades, decía Fontenelle, no abriría más que el dedo pequeño para dejarlas escapar.

Si en algo hay que imitar al espiritual filósofo es en política, no porque en ella la verdad pueda ser perjudicial, sino porque la verdad política, siendo muy difícil de conocer, es por eso mismo muy difícil de transmitir. Los que la poseen, pues, sabiendo lo que les ha costado llegar hasta ella, no pueden suponer a los demás capaces de alcanzarla de un salto, y cuando se dirigen al público en general, deben presentarla en forma y cantidad que todo el mundo pueda asimilar. ¡Con cuánta más razón debemos proceder así los que sólo creemos poseerla!

Esto, lo decimos a propósito de algunas ideas que se nos ocurren respecto de nuestro mundo político, tan agitado en ciertos momentos, y después tan tranquilo, aparentemente tan complicado y a la vez tan simple.

Que es agitado, demasiado lo prueban la intransigencia de ciertos partidos, la violencia de su propaganda, las elecciones sangrientas, la frecuencia de las revoluciones y de las revueltas, los períodos presidenciales trunco, los procesos políticos, como el reciente de Entre Ríos.

Que es tranquilo, lo solemos ver en las elecciones canónicas, en las cámaras unánimes, en las jefaturas incondicionales, en los unicatos, como el que florece en Tucumán.

El contraste resulta aún mayor si nos fijamos en que nunca el país está tan cerca de la revolución, como cuando reina el unicato, y que nunca es tan necesaria la adhesión incondicional, como en los tiempos de revuelta.

Decíamos que nuestro mundo político es complicado, porque el país es muy extenso, sus producciones muy diversas, y su población formada de razas y nacionalidades diferentes, se compone de elementos de muy distinta posición social. La constitución federal lo complica aún más dando a cada porción del país el derecho del gobierno propio, y a cada hombre que lo habita el de participar en el gobierno general y local. A ese fin se ha instituído que sean elegidos los poderes nacionales, como elegidos deben ser también todos los gobiernos locales. No faltan, por otra parte, partidos políticos que se disputan esos puestos.

A pesar de tanta complicación, nuestra política es, sin embargo, de las más simples. La mayor parte del pueblo se mantiene alejado de ella, confiando sin duda, en que otros la emplearán para mejorar su suerte. La masa electoral sigue las inspiraciones de la clase "dirigente", y a ésta, por más que aparezca dividida en partidos, sólo la mueven un sentimiento, el patriotismo, y un interés, el interés general. Así vemos al hacendado y al fabricante de sombreros o de puntas de París votar, si votan, por el mismo representante; vemos al católico y al masón en las mismas filas, vemos a los diputados de Tucumán y Salta opinando y votando lo mismo que los de Santa Fe y Buenos Aires. Y cuando la unidad de miras y de propósitos ha llegado a su colmo, como del 88 al 90, hemos visto al presidente, a los gobernadores, a los senadores y diputados de la nación y de las catorce provincias, y aún a los simples concejales, pensando todos lo mismo sobre las cuestiones más diversas. Eso en cuanto a los hijos del país, que los extranjeros, la mayor parte por ignorancia, y los más instruídos, también por ideas de patriotismo, contribuyen a simplificar la política no tomando parte en ella.

Y si hemos de juzgar nuestra política por sus resultados, preciso es convenir en que no tenemos motivos para estar satisfechos.

El pueblo vive mejor que los japoneses y los chinos.

y aún que el de los países más atrasados de Europa, pero su situación está muy lejos de ser próspera.

El país va adelante, pero mucho más despacio de lo que permitirían sus condiciones naturales, si fuera mejor administrado.

En el exterior se aprecia nuestro ganado y nuestros granos, pero nuestra política no pasa por un modelo.

En los últimos treinta años el desarrollo económico del país ha sido notable, pero ¿en qué han cambiado nuestras prácticas electorales, ni nuestras ideas de gobierno?

Es que bajo las contradicciones aparentes se oculta siempre una gran mentira o un gran error, y esto es probablemente lo que sucede en la política argentina, tan agitada y tan tranquila, tan complicada y tan simple.

La mentira sería de los que pretenden vivir de patriotismo, y arruinan y desacreditan el país, de los que pretextando el interés general sólo buscan satisfacer bastardos intereses personales, de los que disfrazan también de patriotismo una culpable indiferencia.

El error, del pueblo que no comprende la importancia y la eficacia de la acción política, del ciudadano que no ve en ella el medio de defender sus intereses comerciales, industriales, de gremio o de clase, y de contribuir así al bienestar general; del extranjero que, venido aquí para vivir mejor, no se sirve también de la política para mejorar su propia situación, y la del país en que habita.

Esto es lo poco que queríamos decir de lo que creemos verdad.

Si en realidad lo es, y como verdad llega a ser reconocido, desaparecerán los impotentes partidos personales, y se transformarán en partidos económicos, inteligentes y fuertes.

¿Porqué los estancieros y agricultores deben ser librecambistas?

EL MERCADO

(29 de Julio de 1896)

Un gran cambio tiene que producirse en nuestra política. Los partidos existentes ya no crecen; la población del país ha aumentado, pero apenas se nota aumento en el número de electores; hay entre nosotros más de un millón de extranjeros, que no se interesan más por la política argentina, que por la política china. Las ideas políticas y la táctica electoral son las mismas que hace treinta años. Cada partido se propone hacer por sí sólo la felicidad del país, y el resultado es que ninguno lo consigue. El prestigio de ciertos hombres, y la confianza depositada en ellos es lo que mueve a nuestro mundo político.

Esas son bases deleznable. Los hombres desaparecen y los partidos que tienen en ellos su razón de ser, si no saben transformarse a tiempo, están condenados también a desaparecer.

Estas son cosas que ya se empiezan a comprender. De diferentes lados, en distintos órganos de la prensa, se sostiene la necesidad de que los partidos se den un programa. Y si no bastan los argumentos de razón, pronto otros más perentorios nos harán ver en la política algo más que un juego frívolo.

La competencia de los distintos países en la producción y el comercio es cada día más viva y difícil y en ella intervienen, además de los adelantos de la maquinaria y de la técnica, las medidas del gobierno y las discusiones del parlamento; las crisis vuelven, y hay

que buscar en la política los medios de prevenirlas y atenuarlas. El pueblo trabajador empieza a comprender y a organizarse para la lucha, ya son muchas las huelgas, y un partido obrero está en formación. A la hora en que los trabajadores todos reclamen un buen salario, pago en buena moneda, y convertible en artículos de consumo sin mermas de gabelas o impuestos, los capitalistas y propietarios tendrán también que buscar en la política medios de sostener sus industrias y sus rentas, que no sean la desvalorización del papel.

Entonces, hacendados, agricultores y molineros, que producen para la exportación, se darán cuenta de que, en nuestras relaciones comerciales con el extranjero, sus intereses son completamente opuestos a los de los fabricantes que producen para el consumo.

A éstos les conviene cerrar el país al comercio extranjero para monopolizar el mercado, y vender sus productos más caros. Los estancieros, agricultores y molineros necesitan, por el contrario, abrir de par en par al comercio las puertas del país, para que nuestras relaciones de cambio con los países consumidores de carne, cueros, lana, trigo, harina, etc., sean sostenidas, facilitadas y ensanchadas.

Para esto no basta con tener buenos puertos. Es necesario también que las leyes de aduana no alejen de ellos al comercio extranjero. Un alto derecho de aduana sobre un importante artículo de importación equivale, hasta cierto punto, a una dificultad cualquiera en el embarque de nuestros artículos de exportación: a un banco de arena, por ejemplo, o a un buque a pique en el canal de entrada del puerto.

Los estancieros y agricultores necesitan ante todo mercado para sus productos, que sólo en su menor parte son requeridos para el consumo local. Es, pues, de primera importancia para ellos que países como Francia, Alemania, Bélgica los reciban sin recargo de derechos de aduana. ¡Cuánto más valdrían nuestros productos ganaderos y agrícolas si pudieran entrar en esos países como entran en Inglaterra, libres de derecho!

Extender el mercado es facilitar la venta, es tener más compradores y recibir más altos precios.

Para que nuestros estancieros y agricultores lo consigan necesitan tener celosos aliados en los fabricantes de los países en cuestión, que defiendan el comer-

cio con la República Argentina; es preciso que recibamos acá con la misma liberalidad los productos de exportación de esos países.

Ahora un doble obstáculo se opone a la libertad de comercio, que tan favorable sería a la ganadería y la agricultura argentina.

Por una parte, los propietarios territoriales y los agricultores europeos se empeñan en monopolizar sus respectivos mercados, por medio de leyes proteccionistas. En Alemania el partido agrario, en Bélgica los católicos, en Francia los proteccionistas de Méline, votan derechos de aduana sobre los productos de nuestros campos, exactamente como los fabricantes argentinos solicitan derechos contra los productos fabricados en el extranjero.

Y los fabricantes del continente europeo no defienden con mucho calor el comercio con este país, porque nuestros altos derechos de aduana les impiden venir a competir aquí con los artículos ingleses, más baratos, o con la protegida industria nacional. Buscan, pues, salida para sus objetos manufacturados donde no encuentran restricciones, y de preferencia en las colonias de su propio país.

A éstos hay que agregar otro factor de alejamiento que importan nuestros altos derechos de aduana: las represalias aduaneras. Son absurdas, porque perjudican al mismo país que las toma, pero eso no impide que sean muy reales, y perjudiquen al país que con ellas se quiere perjudicar. Y son un eficazísimo pretexto para los que explotan en beneficio propio la ignorancia y las preocupaciones generales. En Alemania los agrarios combaten la importación de nuestros granos, fundándose en que aquí el azúcar alemán paga altos derechos; y en el Brasil los ganaderos de Minas cada vez que piden altos derechos de importación sobre el ganado argentino, piden venganza contra los impuestos aduaneros que aquí pagan el azúcar de Pernambuco, y el café de Río y de Santos.

Estancieros y agricultores si quieren, pues, vender mejor sus productos, extendiendo el mercado, deben ser librecambistas. Y como ellos, los propietarios que arriendan sus tierras, porque en la proporción en que suben los precios de los productos suben sus rentas.

En este país, los altos derechos de aduana no perjudican a los hacendados restringiendo el mercado úni-

amente. Influyen también desfavorablemente para ellos sobre los transportes, los salarios, y hasta sobre la política general del país. En otros artículos miraremos la cuestión bajo estos otros puntos de vista.

Entretanto, creemos haber hecho algo por demostrar que los hacendados argentinos están altamente interesados en abrir una campaña en regla contra nuestro actual régimen aduanero, en el terreno en que se dirimen estas cuestiones, en el terreno político.

Los estancieros y agricultores deben ser librecambistas.

LOS FLETES

(5 de Agosto de 1896)

El patriotismo mal entendido es una de las causas de nuestra mala política. Todavía hay estancieros a quienes se les llena la boca cuando hablan de la industria nacional.

Pase que hablen mucho de ella los azucareros de Tucumán y los viticultores de Cuyo cuando, por medio de sus representantes en el congreso, solicitan y obtienen altos derechos de aduana, para impedir o dificultar la entrada al país de los azúcares y vinos extranjeros. Ellos no hacen más que explotar en provecho propio la preocupación general, y preciso es reconocer que para no hacerlo necesitarían ser muy virtuosos.

Pero el hacendado y el productor de cereales que cree todo lo que se dice de la industria nacional, padece de una ilusión e incurre en una tontería. La ilusión está en creer que el progreso del país depende de la implantación de industrias artificiales o que las buenas industrias necesitan protección legal. La tontería es no darse cuenta de que esta protección se hace en detrimento de su propia industria, de la ganadería y de la

agricultura, bases del bienestar y del adelanto económico del país.

En otro tiempo todo el mundo producía aquí más o menos lo mismo, y todos representaban a igual título la producción nacional. Ahora se producen en la república cosas muy distintas, y han nacido entre los diferentes grupos de productores, intereses distintos y opuestos.

Los estancieros y agricultores, que producen principalmente para la exportación, necesitan que nuestro comercio exterior sea el más vasto y libre posible. Esta no es sólo cuestión de mercado; la venta de los frutos del país en condiciones ventajosas no depende sólo de que encuentren entrada libre en los otros países. Depende también de que sean bajos los fletes desde aquí hasta los países donde esos productos se han de consumir.

Estamos lejos de los mercados de consumo. El ganado y los cereales de los Estados Unidos, y los granos de Rusia tienen sobre los nuestros la ventaja del menor trayecto a recorrer. Esto, por regla general, significa menores gastos de transporte.

Pero los fletes entre dos países no dependen sólo de la distancia; también dependen de que el comercio entre esos países sea recíproco, y los vapores o los trenes tengan carga para el viaje redondo, a la ida y a la vuelta. Pernambuco dista mucho menos de Europa que Buenos Aires, y sin embargo, el transporte de una tonelada de carga de Europa a aquel puerto cuesta como el doble que a éste, por la sencilla razón de que aquí hay siempre carga para llevar de retorno, lo que no sucede en Pernambuco. Y así como la carga que encuentran aquí los vapores para llevar, abarata el transporte de lo que traen de Europa, la que traen abarata el transporte de lo que llevan. En igualdad de las otras condiciones, los fletes entre dos países llegan a su mínimo, cuando entre ellos el cambio de productos se equilibra en volumen y en peso. Cuanta más carga venga de Europa a este país, tanto más bajos serán los fletes para nuestros productos de exportación y tanto más fácilmente podrán ellos competir con los similares de otros países en los mercados europeos.

¿Cómo no va a ser caro el transporte del ganado argentino a Río de Janeiro, si los vapores que lo llevan vuelven casi siempre vacíos? Y esos altos fletes hacen

más difícil la competencia con el ganado brasilero, elevan en aquel país el precio de la carne, disminuyen el consumo y deprimen aquí el precio de los novillos.

Esta cuestión de los fletes importa en primer término a los productores de artículos como el trigo, el maíz, el ganado, que pesan mucho, y ocupan mucho lugar, sin tener un valor muy elevado. En productos de esta clase los gastos de transporte representan una parte tan grande del precio, como los gastos propiamente dichos de producción.

Los altos derechos de la aduana argentina, dificultando la importación de artículos extranjeros, elevan los fletes para los frutos del país que se exportan, y disminuyen su valor. Para los estancieros y chacareros los altos derechos de aduana equivalen a una disminución de la productividad de sus tierras. Ellos están directamente interesados en que se corrija este estado de cosas, moderando y en muchos casos suprimiendo los derechos de aduana.

Los propietarios de campos, de chacra y de estancia están igualmente interesados en lo mismo. Los fletes bajos aumentan el valor de sus tierras, acercándolas económicamente a las de Europa, que valen mucho más.

Así que las dificultades de la competencia agucen su perspicacia, hacendados, chacareros, molineros y propietarios de tierras van a comprender todo esto y sus intereses coaligados formarán una nueva y poderosa fuerza política.

Un partido librecambista debe congregarse cuanto antes a los capitalistas de la industria rural. Ella no pide protección del estado, ni la necesita; pero no puede sufrir por más tiempo sin protesta, las leyes del proteccionismo. Que haya en buena hora una industria argentina, pero no a costa del debilitamiento de las principales fuentes de riqueza que tiene el país. Con la ganadería se ha llegado hasta el punto de imponer a sus productos derechos de exportación. La agricultura, en ruda competencia con la de otros países, se sostiene gracias a que los trabajadores rurales se resignan a trabajar por muy poca cosa.

Que los hacendados y agricultores emprendan una activa campaña política contra el actual régimen aduanero, y, defendiendo sus propios intereses, habrán hecho lo mejor que pueden hacer por el interés general.

Estancieros y agricultores deben ser librecambistas

LOS SALARIOS

(12 de Agosto de 1896)

Los agricultores se quejan de la crisis agrícola; los ganaderos, que se manejan a papel, encuentran que con el oro bajan los precios de los frutos del país; los ideólogos de la política se alarman ante el achatamiento de las ideas. Hermosa ocasión para que estancieros y agricultores aprendan a mirar sus intereses con un poco más de altura, y para que los políticos bien intencionados desciendan de las nubes, y empiecen a pisar en el suelo de la realidad. Una campaña inteligente en favor de la industria rural sería el medio más eficaz para levantar las ideas.

Al fin y al cabo, la política, para los que la saben manejar, también sirve de algo. Que lo digan si no los azucareros millonarios. Gracias a la política proteccionista, ellos han formado sus grandes fortunas, y a sus representantes en el congreso, continuamente ocupados en reclamar altos derechos de aduana, primas a la exportación del azúcar, y otras medidas igualmente prácticas, no les queda tiempo para pensar en el achatamiento de las ideas.

¿Por qué los estancieros y agricultores del litoral no hacen lo mismo? Los estancieros no deben basar su prosperidad en el alza del oro, que empobrece a toda la población; y si lo hacen, están expuestos a chasquearse. Los agricultores tienen que hacer frente a una competencia universal, cada vez más difícil. ¿Cómo pueden sus representantes en el congreso desentenderse de la defensa de la industria rural?

Y para defenderla no tienen que pedir favores. La ganadería y la agricultura de Buenos Aires, Santa Fe,

Entre Ríos, Corrientes y Córdoba no necesitan que se aisle el país con una muralla china, sino que quede completamente abierto a las corrientes del comercio extranjero; no piden primas, pero tampoco tienen por qué sufrir impuestos a la exportación.

Los productores rurales, grandes y chicos, están igualmente interesados, no en la revolución del Dr. A. o del general B., sino en una revolución de nuestro régimen aduanero. Necesitan que nos aproximemos al libre cambio, que los derechos de aduana bajen o desaparezcan, para poder vender mejor sus productos, agrandando el mercado de consumo de ellos en Europa, y abaratando los fletes marítimos. En este sentido el libre cambio es tan importante para el gran hacendado, como para el arrendatario que cuida él mismo su majada, para el capitalista de la agricultura, como para el chacarero y el colono.

Los altos derechos de aduana que rigen actualmente sobre los artículos de primera necesidad, tienen entretanto para los grandes productores, un significado especial: encareciendo la vida de los trabajadores, importan un aumento del costo de producción. Cuando los peones tienen que pagar un precio alto por sus artículos de consumo, sus salarios tienen que permitirles vivir pagando esos altos precios. El doctor Balbín, que fué ministro de hacienda de la provincia de Buenos Aires, calculó que cada habitante de esta provincia paga anualmente 60 pesos de impuestos nacionales indirectos, de los cuales la mayor parte corresponden a los derechos de aduana. Es evidente que parte de ese impuesto sale del bolsillo del trabajador, y lo reduce a una vida más pobre; pero otra parte sale del bolsillo del patrón, porque los trabajadores no tienen entradas que les permitan hacer frente a todas las contribuciones que se les quieran imponer, y, si el término medio es de 60 \$ por cabeza, el impuesto que toca a una familia de tres o cuatro personas, es ya una suma considerable.

En igualdad de las otras condiciones, los impuestos indirectos y, por lo tanto, los de aduana, deprimen el **standard of life** del trabajador, y al mismo tiempo elevan el costo de la mano de obra.

En ambos sentidos perjudican a los grandes empresarios rurales. Para los agricultores y estancieros, los derechos de aduana sobre el arroz, la sal, el azúcar, la

yerba, los tejidos de algodón, etc., haciendo más caro el sostenimiento de los peones, equivalen a un impuesto sobre uno de los más importantes medios de producción, como, por ejemplo, sobre las máquinas, el hilo de atar, el alambre, etc. Todo lo que aumenta el costo de producción dificulta la venta del producto o disminuye las ganancias. Lo que se necesita comprender es que si eso es cierto de los útiles ordinarios del trabajo, lo es también del trabajo del hombre.

Bien lo comprendieron los fabricantes ingleses cuando hacia 1840 se adhirieron con entusiasmo a la campaña librecambista emprendida por los famosos Cobden y John Bright, fundadores de la liga contra la ley de los cereales. Combatiendo el proteccionismo agrícola, lo que se propusieron ante todo fué abaratar el alimento y la vida de los obreros, para disminuir el costo de producción. Encontraron, por supuesto, la resistencia de los lores, dueños de la tierra, a quienes convenían mucho los derechos de aduana sobre los granos, que elevando el valor de éstos en Inglaterra, les aseguraban altas rentas como propietarios del suelo. Pero entonces ya predominaba en aquel país la clase de los fabricantes, y su enérgica campaña fué coronada por el éxito. En 1846 fueron abolidos los derechos de importación sobre los cereales, y a esa sabia política se debe que todavía hoy la industria inglesa conserve su supremacía en el mundo.

Un antagonismo idéntico de intereses hay entre nosotros. Los que producen para la exportación necesitan producir barato, necesitan que para el trabajador la vida no sea cara, que entren, pues, sin recargo de impuestos los artículos de primera necesidad. A los fabricantes que producen para el consumo les conviene, por el contrario, cerrar el mercado. Es la misma lucha que se desarrolla aún en Europa entre proteccionismo y libre cambio; sólo que en la República Argentina son los agrarios, los hacendados y agricultores, quienes deben propender a la expansión comercial exterior del país, mientras que en Europa la combaten, y los que la buscan son los fabricantes.

No faltarán entre los agricultores y hacendados quienes se encojan de hombros pensando que es una pamplina esto del aumento del costo de producción del trigo y de la lana debido a los derechos de aduana. El impuesto — dirán — sale íntegro del bolsillo del traba-

jador, y suprimirlo corre de su cuenta. Aun admitiendo que sea así, los impuestos de aduana contribuyen a elevar el precio de la mano de obra, alejando del país toda inmigración. Esta no vendrá jamás mientras una gran parte del salario de los trabajadores sea absorbida por las exigencias del fisco.

Además, el trabajador es, en ciertos límites, según lo tratan. Es un principio elemental de economía política que a los esclavos no se les puede emplear sino en trabajos groseros, hechos con las herramientas más toscas y menos expuestas al deterioro. Sólo el trabajador que vive bien es capaz de manejar bien buenos útiles. En nuestra campaña los procedimientos de trabajo han adelantado mucho, y les queda todavía mucho por adelantar. La maquinaria agrícola exige cuidado y prolijidad. No se puede esquivar ovejas finas con la misma torpeza que ovejas pampas. Los paisanos de nuestra campaña gastan todavía en sus personas muy poco jabón. ¿Qué tiene, entonces, de extraño que la sarna sea todavía tan común en el ganado lanar argentino?

Si los agricultores y estancieros quieren, pues, disminuir sus gastos de producción, fomentar la inmigración y asegurarse un personal inteligente y activo, deben hacer que los alimentos, las ropas y demás artículos de consumo del pueblo entren al país libres de derechos.

Y esto sólo se consigue por medio de la política.

El socialismo y Max Nordau

(27 de Julio de 1896)

La filosofía del socialismo, por Max Nordau, publicada en "La Nación" hace algunos días, debe haber divertido a muchos, pero seguramente no los ha instruído. Al contrario, como tantas otras, esa "filosofía" debe haberlos dejado más desorientados que nunca. Nordau, que ve en el socialismo "un caos de pensamiento", hace todo lo posible por embrollar aún más ese caos. Permítaseme que le conteste, y del caos trate de cristalizar, no "un mundo", sino un poquito de pensamiento.

Y al contestarle, tengo que empezar como él, hablando de mí mismo.

Soy el más vulgar de los hombres. Si alguno de los dos héroes de Cervantes figura entre mis antepasados, es seguramente Sancho. La imaginación me proporeiona poco deleite, pero, a mis horas, como con regular apetito, y no me avergüenzo. Me gustan las mujeres hermosas, pero menos para cantar la belleza de sus formas, que porque prometen una prole sana y vivaz. En el colegio aprendí algo de matemáticas, física y química, lo que todo muchacho aplicado puede aprender. Me interesé por el francés y el inglés más que por el latín y el griego, y no me arrepiento, porque si hasta ahora no he podido, como Nordau, hablar con Séneca el joven, ni con Valeyo Patérenulo, he podido conversar con muchos franceses e ingleses que he encontrado, y soy muy

amigo de conversar. A lo que no conseguí meterle diente fué a eso que se enseña en los colegios nacionales bajo el nombre de filosofía; y sigo refractario a ello. Un amigo mío, que tiene la desgracia de creerse "materialista dialéctico", está empeñado en que yo soy materialista mecánico; pero yo no lo creo. No sé qué será eso, y me aflige pensar que pudiera alguna vez adornarme tal título, porque creería haber perdido algo que tiene la generalidad de los hombres: el sentido común.

Estando en el mundo, he encontrado que, según sus necesidades y sus ideas, los hombres se dividen en partidos, y como no me ha parecido posible convencerlos de que las únicas legítimas y verdaderas son las mías, me he unido a los que por las suyas más se parecen a mí, y pertenezco al partido obrero. A falta de pan, buenas son tortas. He hecho una transacción con la necesidad, y renunciando a la pretensión de pasar por un ejemplar único en mi especie, me he acercado a otros hombres y me he resignado a llamarme socialista, sin renunciar por eso a lo que yo tenga de peculiar.

Ni me he visto cohibido en lo mínimo, porque hablanco con muchos compañeros de causa he notado que sus opiniones sólo coinciden en algunas verdades de las más simples: que para vivir es necesario trabajar; que si cierta clase de gente vive muy bien sin trabajar, no es porque "Dios los vista como a los lirios del campo, ni los nutra como a las aves del cielo", sino porque otros trabajan para ellos; que para estos otros, vulgarmente llamados trabajadores, es tan incómodo como poco equitativo semejante estado de cosas; que hay que defenderse de los parásitos de todas clases, si no se quiere ser comido por ellos; que contra el parasitismo social, los obreros deben organizarse y asociarse para combatirlo, no con rogativas, sino en la lucha política, que así conseguirán probablemente suprimirlo; y otras cosas igualmente creíbles.

Amigo de las cosas concretas, me encuentro a mis anchas en un medio de ideas tan sencillas; enemigo de las ceremonias, me gustan las reuniones obreras en que los que quieren fuman, y se dejan el sombrero puesto, y donde cualquiera preside, y todos hablan si tienen algo que decir, pero cuando un orador fastidia demasiado a la asamblea, se le pide sencillamente que se calle.

Cuál no habrá sido, pues, mi asombro al ver que,

según Max Nordau, los socialistas tenemos una revelación, dogmas, liturgia, que no vemos más objeto a la vida que los sentimientos del placer, y somos en resumidas cuentas una secta de "hedonistas o eudemonistas". Esto último, sobre todo, ha sido tan nuevo para mí, me ha sorprendido de tal manera, que he estado a punto de exelamar, como mi presunto antecesor Sancho, cuando a él y a su amo los trataron de trogloditas y de escitas: "¡Nosotros tortolitas, nosotros perritas!" Había visto que las gentes tratan de pasarlo bien, y que, si se aficionan demasiado a la buena vida, acaban muy a menudo por vivir peor; a Epicuro lo había encontrado todavía citado en algunas crónicas de banquetes. Pero no se me había pasado por las mientes la felicidad universal, y ni siquiera sospechaba que ésta fuera una filosofía.

En cuanto a lo de revelación, dogmas y liturgias, nunca hubiera creído que merecieran tan pomposos nombres las verdades de Pero Grullo y las prácticas lisas y llanas de la gente de mi partido.

Max Nordau me ha dado, pues, en qué pensar. Me he examinado, me he palpado a ver si me reconocía como tal "hedonista o eudemonista", pero en vano. Cuanto más me observo, tanto más encuentro que soy un individuo como todos los demás.

Entonces me he puesto a cuidar de Nordau y sus filosofías, y viendo lo poco a que se obligan los filósofos, me he preguntado por qué yo también no he de filosofar un poco.

Recuerdo haber leído otras obras de Nordau. En "El mal del siglo" nos pinta un personaje preocupado únicamente de lo que es la "cosa en sí", y después de hacerlo vivir a duras penas hasta los treinta años, lo ahoga en el Elba cuando ya no sabe qué hacerse de él; y el estado mental de ese ahogado, simbolizaría el estado mental del siglo, de todos los que todavía respiramos tan a nuestra satisfacción en la superficie de la tierra! En sus "Mentiras convencionales", denuncia la mentira electoral y política; pero como la mentira periodística también le disgusta, para remediarla propone que los periodistas sean elegidos. No sé si él ha recibido esa santa unción antes de escribir en los diarios. En "Degeneración", todos, menos él, son degenerados, incluso el robusto y potente Zola.

Nordau es, pues, el tipo del original de profesión,

del "grafómano" que escribe brillante y superficialmente sobre todas las cosas, del "litterateur" que vive de la parañoja y desdenea la verdad como al peor de los "lugares comunes".

Nordau no ve más que el lado superficial y accesorio de las cosas. Ni tampoco es capaz de ver mucho más, porque para eso se requieren hábitos intelectuales que no se adquieren en el cultivo de los retóricos griegos y latinos y de los metafísicos alemanes. Por eso desde que pretende encarar seriamente un asunto, incurre en las más horrendas contradicciones; así con el socialismo.

El socialismo, según Nordau, ha dejado de ser una "simple" (!!) teoría económica. "La cuestión obrera, que era el punto de partida del movimiento, no desempeña ya en éste más que un papel mínimo." El ha leído "juiciosos escritos que demuestran triunfalmente lo absurdo de todas las doctrinas del socialismo".

Pero el mismo Nordau cree que el movimiento socialista es el contenido esencial de nuestros tiempos, y está seguro de su triunfo. "¡Cómo!", se dirá, después de saber por él que carece de toda base.

Aquí viene lo original: porque es una cuestión de ética y de estética; "porque el proletario ya no se detiene en el Stoa a esenchar las enseñanzas austeras de Zenón, y exige su parte en los placeres de este mundo"; porque, como lo dice Nordau diez líneas más arriba, "las aspiraciones ya no se detienen en las cosas materiales"; porque el pueblo es tan ignorante y tan estúpido que comulga con ruedas de carreta; porque tiene esperanzas paradisiacas, sobrenaturales, más eficaces, según parece, pero no mejores que "las excelentes viejas palabras del catecismo". A esas fuerzas se deberá la "transformación de una teoría imposible en un sistema gubernamental y práctico".

Sólo un juglar de ideas puede acumular en tan pocas frases tantos disparates.

Tal vez para que lo disculpen, dice después Nordau que lo absurdo no es peligroso, porque no puede realizarse. Yo creo lo contrario. Peligroso fué el absurdo de la inquisición, que pretendió detener el desarrollo del pensamiento humano. Peligroso ha sido el absurdo de la comuna, que sacrificó la guardia nacional de París a un plan de transformación social prematuro e imposible. Peligrosos son todos los absurdos que se siembran sobre cuestiones que a todo el mundo importa conocer.

Por eso es obra necesaria y útil la de criticar los errores, provengan ellos de los conservadores, de los socialistas, que no somos infalibles, o de filósofos a lo Nordau. Y los de éste son garrafales.

Para formarse una idea de las bases teóricas y prácticas del socialismo, basta mirar las cosas exactamente como las dice Nordau, nada más que al revés.

Dice que el socialismo no es más una simple teoría económica. En realidad, la teoría del socialismo es hoy más que nunca una teoría económica, y precisamente por eso no es simple. Hubo un tiempo en que sobre estas cuestiones nadie temía decir la verdad. Todavía Donoso Cortés, el gran orador católico que no quería que se votaran los presupuestos, no había acusado a la economía política de producir el socialismo, como la víbora produce el viborezno. Entonces, Quesnay, médico de Luis XV y fundador de la escuela fisiócrata, pudo escribir: "Revelar los misterios de la riqueza es preparar la lucha entre los que la producen y los que disfrutan de ella"; Turgot, ministro de Luis XVI, ya encontraba que "en todo género de trabajo ha de verificarse, y se verifica en efecto, que el salario del obrero se limita a lo que es necesario para su subsistencia"; el gran Adam Smith, cuyo tratado de "simple" economía política ha revolucionado más el mundo que todos los declamadores juntos, se permitía decir: "Desde que toda la tierra de un país ha pasado a ser propiedad privada, los dueños de ella, como todos los otros hombres, "love to reap where they never sowed" (les gusta cosechar sin haber sembrado), etc.; el banquero Ricardo demostró que la tendencia del capitalismo es a aumentar cada día más la renta a expensas de los trabajadores. Carlos Marx ha sido simplemente el continuador de los primeros economistas, cuyas doctrinas ha coordinado y extendido. Su obra principal ha consistido en dar esa base científica teórica al movimiento obrero y socialista, dominado hasta él por saint-simonianos y otros utopistas.

Y todas las adquisiciones de la biología y de la sociología, la ley de la población de Malthus, la lucha por la vida y la selección natural de Darwin, el método positivo de Comte, la evolución y la "selfhelp" de Spencer, están de acuerdo con la teoría socialista. Esta, como todas las doctrinas científicas, no es com-

pleta, es relativa; no pretende resolverlo todo, está siempre en vías de desarrollo; pero es coherente, no encierra contradicciones.

Precisamente porque es ante todo una teoría económica, decía que la teoría del socialismo no es simple. Esto es el otro gran mérito de Marx: haber demostrado la base económica de la historia. Hasta él se creía que la historia había sido la obra de los dioses y de los héroes. Sólo algunos de los más eminentes escritores vislumbraron la acción del medio y la influencia de la acumulación de la riqueza.

Ahora todo el que ve más allá de sus narices en materia de historia y de sociología, comprende el papel fundamental que en ellas desempeña el factor económico, del cual dependen en principio todos los otros elementos de la organización social.

Cada pueblo es lo que es, no porque tenga tal o cual constitución o entre sus hijos se cuenten legisladores y generales, sino porque produce, trabaja de una manera determinada. Los socialistas creen que el inmenso desarrollo de la industria moderna, no es compatible con la competencia ciega y anárquica que hoy reina en ella, ni, por consiguiente, con la propiedad privada de los medios de producción, y sientan la hipótesis de su futura propiedad colectiva.

Esa hipótesis encuentra, por supuesto, la enorme mayoría de sus adherentes entre los que no son dueños de esos medios de producción, entre los trabajadores, entre los que viven de un salario, que aunque no sean socialistas, se ven obligados a asociarse por gremios para defender y mejorar, si es posible, su subsistencia.

“El proletario ignorante que para la fiesta del 1.º de mayo se coloca la flor roja en la “boutonnière”, no es el filósofo sin saberlo, de que habla Nordau. Es simplemente un asalariado que aprecia más la jornada de ocho horas que todas las declaraciones de los derechos del hombre habidas y por haber. Es un desencañado de las iglesias y de las leyendas, que busca elevarse por su propio esfuerzo, y sobre la más segura de las bases, la base económica.

Democracia y ciencia son los dos grandes factores revolucionarios de la época presente. Así, con más sagacidad que Nordau, lo han comprendido Zola y Paul Bourget. Si a ellas se agregan elementos ideales, que hacen

9035

comparar a veces el movimiento socialista con el cristianismo primitivo, tanto mejor. Pero como todos los buenos ideales, el ideal socialista no se ostenta, le basta con el culto interno.

* * *

